

Y todo es ya delicias,
Y júbilo y sosiego,
Cual antes era todo
Desorden turbulento.

Celebrando las aves
Con sus dulces gorjeos
El triunfo de las luces,
La paz del universo.

Tal las lúgubres sombras
Que ora abruman mi pecho
Pasarán, y con ellas
Mis amargos desvelos.

Que de rosas orlado
Su flotante cabello,
Corre ya la Esperanza
Con semblante risueño,

A colmarme amorosa
De inefables consuelos,
Y apaciguar mis temores
Y agutjar mis deseos.

Pues cual mayo florido
Sigue el áspero invierno,
Así en pos vuela siempre
De la pena el contento.

Juan MELENDEZ VALDES



Estampas de otros tiempos

Madrid, 1855



He visto en sus momentos las dos obras de Juan Ignacio Luca de Tena, que aún son actualidad teatral. No las he visto trasladadas a la pantalla. El cine debe presentarlas con más grandiosidad espectacular. Empero, el diálogo, el histórico parlamento, no puede superar al de la escena. En la escena se establece entre el espectador y los personajes una íntima colaboración, pues se vive con ellos, físicamente ligados, todos los pasajes en una realidad actualizada.

Y, acuciado por el evocador recuerdo, nos ponemos a revolver nuestro archivo de viejos papeles y ojeamos periódicos de aquellos tiempos, no resistiendo a expurgar algunas facetas del ambiente político de aquel Madrid pequeñito de las postrimerías de 1854; no muy halagüeño, por cierto. Y comenzaba el año 1855 con pesimistas augurios.

Los corrillos en salones y pasillos del Congreso, al margen de vidriosas sesiones y en plenos debates de las Cortes Constituyentes, eran francamente dispares en la apreciación del clima político y nacional, de inquietud por la seguridad del régimen.

En la calle y tertulias cafeteriles —y, por supuesto, en la intimidad de los hogares—, se comentaba el panorama nacional, en densidad de nerviosos presagios.

—Han visto ustedes: Unas simples elecciones municipales qué graves sucesos han provocado en Málaga.

—Efectivamente: Málaga está siendo teatro de lo que yo considero gravísimos sucesos, desde el día 28. Creo que el Gobernador Civil, O'Donnell, se ha visto precisado a encerrarse en la Aduana, donde habita, con las fuerzas de Carabineros y Guardia Civil que pudo reunir, habiéndole cercado un batallón de la Milicia Nacional que hizo fuego contra el edificio, en el que perecieron algunas personas.

—Infiero, de estas noticias, que nos hallamos abocados a serio peligro, pensando naturalmente en el bienestar general de España.

—Y en el particular de nuestra Reina, que no es acreedora, ciertamente, al barullo político-social que estamos presenciando. Es popularmente querida como lo prueba la cariñosa acogida del pueblo de Madrid a su paso, ayer, por la castiza calle de Toledo.

—El Gobierno que preside el Duque de la Victoria está haciendo verdaderos equilibrios con los tres partidos políticos, democrático, progresita y moderado, que luchan en la tribuna y en la prensa.

—Y ahora, el origen de los disturbios de Málaga, por la anulación de las elecciones municipales allí celebradas en medio de gravísimos desórdenes.

—Anoche circulaban rumores de crisis ministerial, y parece ser cierto que el señor Sevillano dejaba la cartera de Hacienda.

—También los conocía yo. Y ustedes estarán informados del número de cesantes en Madrid, alrededor de seiscientos, y de más de seis mil en las provincias.

—Cierto. Y el motivo, que también conocemos, la supresión de los derechos de puertas y consumos.

—Ya se conoce sentencia del pequeño lio entre «El Pueblo» y el editor de «Las Barricadas».

—Diga, díganos el fallo que no conocemos.

—Pues que el jurado ha absuelto por siete votos contra cinco el folleto del señor Garrido titulado «El Pueblo y el Trono», defendido por el señor Castelar. Y hoy se ve ante el Tribunal correccional de la Audiencia la causa formada al editor de «Las Barricadas», a quien defiende el señor Figueras.

—Todo quedará, como suele pasar, en un buen arreglo y... a seguir viviendo y enredando cada uno en lo suyo.

Y, a este tenor, podría graduarse la atmósfera de crítica y desasosiego en todos los sectores de la población de España.

La llamada de 25.000 hombres para la quinta del año 1855 motivó otro debate en las Cortes constituyentes. El señor Bayarri (don Pedro) defiende su enmienda y dice que comparadas las provincias de Madrid, Alicante, Castellón, La Coruña y otras muchas, se verá que existen ocultaciones. La provincia de Madrid da 502 hombres y tiene una población de 368.126 almas; la de Alicante, que tiene 318.444, da 712.210 más que la de Madrid, cuando su población es menor.

El señor Rodríguez contesta haciéndole observar que Madrid es una población de estancia y que en el empadronamiento se incluyen todos los criados de servicio y estudiantes, siendo menor, con mucho, el número de la verdadera población.

La primera concesión del ferrocarril de Madrid a Irún se hizo en 16 de Agosto de 1845, a la Diputación de Vizcaya y al Ayuntamiento, junta de Comercio y varios particulares de Bilbao. No dió resultado puesto que no llegaron a presentarse planos ni constituirse el depósito, terminando la última prórroga el 11 de Septiembre de 1852. En julio del siguiente año contrató el Gobierno por real Decreto con D. José de Salamanca la parte comprendida entre Madrid y el Ebro, a razón de 3.800.000 reales la legua desde Madrid a Burgos y 4.500.000 de Burgos a Miranda excluyendo los túneles, pagaderos en acciones de ferrocarril.

(Esta era información de la prensa en enero de 1855).

Boletín de espectáculos:

TEATRO REAL.—A las ocho de la noche, *Poliuto*, ópera en tres actos.

TEATRO DE LA CRUZ.—A las ocho de la noche: Sinfonía. *Treinta años o la vida de un jugador*, drama en cinco actos.

TEATRO DE VARIEDADES.—Ocho y media noche: Sinfonía. *Una virgen de Murillo*, comedia en tres actos. *Flora*, baile en un acto. *Los maestros de la Rabosa o el tripili*, tonadilla.

TEATRO DEL CIRCO.—Ocho noche: Sinfonía. *El dominó azul*, zarzuela en tres actos. Baile.

—Y, recordando lo hablado en nuestra tertulia de ayer sobre la espontánea y cariñosa manifestación popular al paso de la Reina por la calle Toledo, ¿han leído ustedes LA EPOCA del día 2? (Enero 1855).

—Pues, sí. ¿Se refiere usted quizá al retrato de Isabel II hecho por el periódico el AMIGO DEL PAIS, del que lo toma LA EPOCA?

—Justamente. Y es digno de conocerse. Si alguno de ustedes desea leerlo, aquí creo tener el recorte del periódico.

—Con mucho gusto. Y lo haré en voz alta, si no les molesta a los que ya lo hubieran leído:

«La reina doña Isabel II, de buena estatura, más bien alta, bastante gruesa, de airosa y noble presencia, lleva en su rostro, verdaderamente hermoso, y en toda su persona, el sello, por decirlo así, de las cualidades que le hemos reconocido siempre. En su mirada dulce y al mismo tiempo muy penetrante, es muy fácil conocer hasta qué punto está dotada de esa facultad que pasa por innata en su familia, de juzgar bien las caras cualquiera que sea la máscara con que se cubran. En su porte y hasta en sus modales hay algo de majestuosamente grave, a la par que decidido, por donde se revela a primera vista el profundo sentimiento de su dignidad real, o para decirlo de una vez, el vivo apego al mando que ya le hemos atribuido como una consecuencia necesaria de las circunstancias porque ha pasado su vida en medio de tantas borrascas...»

—Sencilla y tratable—acentúa, interrumpiendo, uno de los tertulianos, admirador de la Reina.

—Participamos de su opinión—aclara otro.

—Y así lo reconoce también, consignándolo, el periódico que tengo a la vista, que seguiré leyendo:

«...Esto no impide que en la intimidad familiar sea una sencilla y amabilísima señora, capaz de brillar en un salón particular lo mismo que bajo el dosel de un trono. Habla perfectamente varias lenguas extranjeras; toca el piano y el arpa; canta muy bien y con hermosa voz; dibuja y pinta, no como un artista, pero sí como una buena aficionada. Agil en sus movimientos a pesar de una corpulencia precoz y hereditaria, animosa por naturaleza, intrépida cuando es preciso, sabe manejar con suma gracia un brioso caballo, y descuella su afición favorita de dama joven y hermosa, afición que ha sacrificado después a sus nuevos deberes de madre, deberes que llena, según dicen, con la ternura más exaltada y asidua. Conocidos son el donaire de sus propuestas, el tono exquisito de su conversación; es de notar, sin embargo, que detesta la burla en el más alto grado; la altanería, el sarcasmo le son especialmente desagradables. Jamás ha hecho un desaire a persona alguna. En el interior de su palacio nunca se dirige a su servidumbre para pedir algo sin pedirlo como un favor, añadiendo alguna expresión afectuosa como para quitar a sus palabras las apariencias de un mandato. Nada de altivo y soberbio se trasluce nunca en su ademán ni en su voz, antes bien respiran siempre una dignidad reposada y serena que ciertamente inspira más respeto que la aspereza o los enfados; por esa razón es objeto de un cariño que verdaderamente raya en delirio por

parte de su familia, de sus criados y de cuantas personas tienen la honra de ser admitidas con alguna confianza a su real presencia.»

—Sin embargo —objeta un nuevo tertuliano—, tengo entendido que a veces, «sin querer, sin sospecharlo ella misma, se ha atraído el cargo de no tener bastante presente en la memoria el dicho feliz de uno de sus más ilustres antepasados: *La puntualidad es la cortesía de los reyes*». «Sobre todo en los besamanos, generalmente anunciados para las tres de la tarde y rara vez principiados antes de las cuatro, es donde a menudo se ha formulado este cargo en voz baja y en varias lenguas, en razón a ser naturalmente el cuerpo diplomático extranjero el que más haolido resentirse de ese sensible olvido de la única especie de cortesía, en que no siempre es un acabado modelo la reina de España».

—Después de todo —replica el tertuliano de turno—, una espera de tres cuartos de hora, tratándose de una reina, es una puntualidad. No debe extrañar en España donde nos damos cita —por ejemplo ayer mismo me ocurrió a mí— en la acera de Gobernación a las doce del día y acudimos a la una de la tarde.

—Si, pero en otros países, la exacta puntualidad es obligada, las horas están perfectamente distribuidas para las atenciones y quehaceres de todos.

—Pero, repito, aquí estamos en España y somos españoles. Por eso, cuando nos damos una cita, ya sabemos que tenemos un margen de una hora para acudir a ella. Y las costumbres hacen leyes, qué caramba.

—Perdone el querido amigo, y continúe con la lectura.

—Ya está reflejado, en esas pinceladas, el retrato de la Reina. En lo que pudiéramos decir como faceta sentimental, podrían dar testimonio millares de personas; «jamás un desgraciado o un afligido se ha acercado a la reina Isabel sin obtener un socorro o un consuelo. Su bondad en este punto llega casi hasta la flaqueza. Su generosidad excede a cuanto puede imaginarse; éste es el gran cuidado, la pesadilla perpetua de los intendentes de su real casa. Siendo aun muy niña, se quitó un día los zapatos para dárselos por la ventanilla de su coche a una pobre, niña como ella, que iba corriendo descalza junto al carruaje; antes de que pudieran impedirlo las personas que la acompañaban, ya se los había tirado».

—Bueno, señores, hasta mañana. Voy, antes de que cierren, a la calle Mayor, al número 10, a ver cómo es ese reloj de la fragua que ha causado la admiración de cuantos han visitado el establecimiento. Creo que es una caja cuadrada que representa el interior de una fragua, en cuyo fondo se ve el horno, el fuelle y las herramientas del oficio. Están trabajando ocho operarios que son figuras de media cuarta de altura, vestidos con toda verdad. Se le da cuerda y todos principian sus tareas. No falta nada para una completa ilusión. Y lo anuncian como de precio reducido en tres mil reales. Algo caro lo encuentro; pero ya veremos; es capricho de mi mujer.

—Pues, ya nos dirá usted el resultado de su visita y, si lo compra, le molestaremos para custodiarlo.

—Con mucho gusto.

DANHUR

PAGINAS ANTOLOGIGAS

LA MELANCOLIA

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso acaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso,
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enlazadas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa,
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mí viniendo con semblante amigo,